

TARDE XIV

LA CODICIA

¿ De qué te sirve afanar
Por salir de tu pobreza,
Si esa mísera riqueza
Que tratas de atesorar
Al fin no la has de lograr ?
¿ Pretendes vivir gozoso ?
Pues abandona juicioso
Ese afan que te desquicia,
Que aquel que ménos codicia
Es siempre mas poderoso.

¡ Qué dilatada es para los niños la noche que precede á un dia de recreo ! El sueño huye de sus párpados, y cuando llegan á entregarse á él empiezan á gozar de antemano de los placeres campestres. Los saltos, las carreras, los juegos inocentes se ofrecen á su impresionable imaginacion. Se levantan al amanecer, y sus primeras miradas se dirigen al cielo, ansiosos de ver si está sereno : si le hallan apacible, ¡ qué alegría infunde en sus sencillos corazones ! miran la atmósfera, la vuelven á mirar, y saludan á la naturaleza con cuanto entusiasmo cabe en su edad.

Esto es lo que sucedió á nuestros amiguitos : madrugaron mucho, y por fortuna vieron la hermosura del sol, que aparecia sin el menor celaje. Vamos, hombre, despacha; nunca acabas; siempre nos haces esperar ; esto es lo que recíprocamente se decian :

presentóse en esto su padre, y todos se arrojaron precipitadamente á su cuello, diciéndole : ¿ vamos, papá ? ¿ por qué nos detenemos ? cuanto ántes, papá, cuanto ántes. — Sí, hijos míos ; traedme el baston y el sombrero.

Tres de ellos corren á un tiempo á ejecutar el mandato de su padre, y de allí á un minuto ya están de vuelta : sonrióse el buen anciano al ver la eficacia de sus hijos, y se pone con ellos en marcha. Marcela cierra la puerta de la granja, y tambien se va con ellos. Los muchachos corren, brincan, saltan las acequias y arroyos con demostraciones de la mas viva alegría. Palemon lleva á su lado á Armando, porque este es el apoyo de su vejez, el mas juicioso de todos, y escucha atentamente las sábias razones de su padre, aunque de cuando en cuando le distraen las travesuras de sus hermanos durante el camino.

Como era preciso atravesar el bosquecillo de los Castaños, Palemon permitió á su tropa que descansase allí un breve rato. Apenas el anciano se sentó sobre la fresca yerba, cuando los muchachos propusieron jugar á las cuatro esquinas; se trató de determinar quién se habia de quedar ; y echando la chinita tocó á Leon. Este, en medio de los otros cuatro, se valia de cuantos artificios le sugeria el discurso para pillar á alguno y ocupar su sitio ; ya se llaman, ya corren, ya tornan, riendo y gritando todos con la mayor alegría. Por fin Leon pilló á Benito, que manifestó algun enfado, y le preguntó : ¿ Me has dado tres golpes en la espalda ? — Sí. — No, señor, no han sido mas de dos ; y de aquí se levantó tal gresca, que no podian entenderse.

¡ Juegos inocentes y puros de la niñez, cuánto conmovéis mi corazon ! ¡ qué de tiernas memorias presentáis á mi imaginacion ! ¿ Qué se han hecho aquellos tiempos en que el cansancio era un placer para mí ? ¡ Ay ! desde que abandonamos los pueriles entretenimientos, empiezan los disgustos inseparables del trabajo y el estudio, y nos atacan las pasiones, que son los mas crueles enemigos de nuestra existencia. ¡ Oh ! ¡ qué gloria es ser hombre ! ¡ pero yo hubiera preferido ser siempre niño !

Cuando se acabó el juego de las cuatro esquinas, Armando y Benito quisieron luchar, pero se opuso Palemon, tanto por lo peligroso del juego, cuanto porque ya habia descansado, y era tiempo de satisfacer su apetito, que era muy bueno.

Cubiertos, pues, de polvo y de sudor, mas encarnados que las rosas, caminaban los muchachos al lado de su padre, pero con mas lentitud que ántes ; estaban algo cansados, y por consiguient-

te mas serios. Hacian á su padre mil preguntas ingenuas, á las cuales contestaba con la sencillez y claridad que le caracterizaban. Á todas las respuestas que les daba, exclamaban de un modo que embelesaba al anciano, porque veia en sus hijos disposicion para instruirse, y al mismo tiempo notaba la impresion que les causaba aquello que les parecia maravilloso.

Llegaron, en fin, á la granja, situada en un paraje delicioso, y muy proporcionado para no sentir los fuertes calores del dia : serviala como de foso un cristalino arroyo, donde se acercaban á beber multitud de aves domésticas. Muchos nogales apiñados formaban un hermoso bosque ; en una palabra, este delicioso y campestre sitio inspiraba la mas religiosa calma, un respetuoso silencio, y aquel placer tan puro que solo conocen los que admiran los prodigiosos encantos que presenta á cada paso la naturaleza. Así que entraron en la granja nuestros niños, tomaron un frugal desayuno, mucho mas sabroso á su parecer que el de los otros dias, por el apetito que les habia despertado el ejercicio.

Acabado el desaynuo, visitaron toda la granja : y aunque no eran desconocidas sus dependencias á los muchachos, Palemon siempre encontraba motivo para hacerles notar nuevos objetos, á fin de no malograr las ocasiones de inspirarles aficion á las ocupaciones provechosas. Sencillos habitantes de los campos, exclamaba el anciano ; hombres simples y laboriosos, que no conocéis mas necesidad ni mas diversion que el trabajo, ¡ cuán apreciables aparecéis á mis ojos ! Vosotros sois á quienes la tierra encarga el cuidado de fecundarla, cultivarla y recoger sus inmensos tesoros, y en quienes ha depositado sus secretos la naturaleza. Los vestidos que os cubren son para el hombre sensato mas ricos que todos los que ostenta en las ciudades un lujo insolente : empapados están en vuestro sudor, al que debemos nuestra existencia, porque sin él no fecundaran las plantas y semillas que producen nuestro alimento.

Habian recorrido la granja los muchachos, y ya en sus ojos se conocia el anhelo de preguntar á su padre si les haria prontamente conocer á Emiliano, cuando el anciano se anticipó á sus deseos. Ahora, amigos míos, les dijo, venid conmigo á aquella callejuela que desde aquí se descubre, y que se dirige á la aldea cercana ; entraremos por un momento en casa de la buena mujer, de quien os he hablado : vuelvo á deciros que es muy anciana y muy digna de respeto ; disfruta unas conveniencias regulares, y sabréis

de ella misma el suceso que ha ocasionado la paz y tranquilidad que goza en sus últimos años.

Siguieron á su padre los muchachos, y todos seis llegaron en breve á casa de la anciana, que los recibió con la mayor franqueza y cortesía. Felices días, virtuosa Brígida, le dijo afectuosamente el venerable Palemon. — Buenos os los dé Dios, respondió ella. — ¿ Dónde está vuestro Emiliano ? — En la ciudad; necesitábamos algunas provisiones, y mi querido hijo, que bien puedo llamarle así, marchó por ellas esta mañana, y no volverá hasta la noche. — ¿ Pero siempre alegre y contenta con vuestra suerte ? — ¿ Y cómo podría no estarlo ? Emiliano es todo para mí ; me sirve de padre, de hijo, de cuanto hay mas dulce en la naturaleza ; continuamente estudia y previene mis deseos ; me ama como si fuese su madre, y puedo decir que desempeña todas las obligaciones del hijo mas sumiso y respetuoso ; pero, tomad asiento, señor Palemon : ¿ esta es sin duda vuestra amable familia ? ¡ qué muchachos tan graciosos ! y esta niña ¡ qué buena y qué modesta parece ! acércate, hija mia ; llégate y dáme un abrazo.

La anciana Brígida estrechó entre sus brazos á todos los hijos de Palemon ; luego fué á buscar unos requesones que habia hecho por sí misma, y los convidó á un nuevo desayuno, que aceptaron consintiéndolo su padre, el cual ya sabe que en semejante edad no se cuentan las comidas : luego que acabaron de comer, Palemon dijo á Brígida : He hablado á mis hijos de vuestra historia, y están tan interesados en saberla, que me han empeñado para que os ruegue que vos misma se la contéis : tened esta condescendencia, y con el ejemplo de los felices sucesos que han dado fin á vuestras desgracias, manifestadles que el cielo nunca abandona la virtud, cuando se apoya en la beneficencia y en el trabajo. — Con mucho gusto : y se duplicará mi placer por confiarla á unos niños tan amables y tan bien educados : sentaos todos, y escuchadme atentamente. ¡ Oh ! me han sucedido cosas muy particulares ; en ellas veréis cómo un niño de cinco años enjugó mis continuas lágrimas, y me hizo dichosa.

La familia de Palemon, impaciente por oír unos sucesos que debian ser interesantes, se estrecha sin hablar en torno de su anciano padre ; Brígida está sentada un poco mas léjos, y comienza la relacion de su vida de esta suerte :

No soy, hijos míos, mas que una mujer del campo ; pero nací de padres honrados que disfrutaban bastantes comodidades : era mi padre propietario : en la flor de su vida perdió á su esposa y

madre mia, y desde entónces se entregó enteramente á mi educacion. Bañaba este buen padre la tierra con su sudor, y el cielo favorecia sus constantes esfuerzos : todos los años aumentaba su caudal, y de cuando en cuando compraba algunas fanegas de tierra, dando de este modo mayor extension á su patrimonio. Ya os he dicho que gozaba comodidades, y me lo confirmó el doloroso accidente que me privó de este apoyo ; pues me vi dueña de una posesion que producía mas de mil y doscientas libras, que en aquel tiempo era mucho.

Habia ido mi padre un dia á trabajar en su heredad, cuando volviendo á la noche por un bosquecillo en que habia muchos cazadores, un escopetazo disparado sin la debida precaucion, le hirió peligrosamente. Nadie le prestó socorro, y quedó tendido en el suelo hasta la mañana siguiente, que unos caminantes le hallaron y trajeron á su casa, debilitado por la mucha sangre que habia derramado, y por la intemperie de la cruel noche que habia pasado : yo habia corrido por mil partes, pero nadie pudo darme noticias de mi padre : en fin, me le trajeron moribundo : todos los socorros posibles fueron infructuosos ; le desengañaron de que apenas podia vivir veinte y cuatro horas ; y aprovechándose del poco tiempo que le quedaba, hizo llamar á Rogerio, su mozo de labor y amigo, haciéndome acercar al mismo tiempo á su cama. Hija mia, me dijo, hace mucho tiempo que he reparado que amas á Rogerio (en efecto era así), y que él te corresponde. Quiero y debo uniros ántes que muera : recibid la bendicion de un padre que os manda que os caséis, seáis sus herederos, y cultivéis un patrimonio que ha extendido y conservado para vosotros ; pero ántes que toméis posesion, debo revelaros, por causas que despues sabréis, un secreto, que nadie lo sabe sino yo... Acercaos mas, porque mi voz se debilita ; vais á ser señores de un campo que he regado con mi sudor, y de una casa que yo mismo hice edificar. Dentro de estas posesiones hay un tesoro, el cual bastaria para haceros felices, aunque vivieseis muchos años : yo le he respetado siempre, y hasta el lugar en que se halla : espero que vosotros haréis lo mismo, pues es preciso que cada uno cuente solo con el producto de su trabajo, con lo que de derecho le corresponda, y de ningun modo con lo ajeno, sea quien fuere el que posea ; porque lo mal adquirido, generalmente se convierte en daño del que se lo lleva. Ademas, guardaos de turbar la paz de los sepulcros : temblad si os atrevéis á poner la planta sobre los huesos de los que nos han precedido... Este tesoro... el tesoro de que hablo...

No pudo mi padre proseguir ; un sudor frio cubrió su semblante : la voz se apagó ; hizo varios esfuerzos para continuar, pero le atacó una violenta convulsion, y á muy breves instantes quedó muerto entre nuestros brazos. Figuraos cuál sería nuestra pena : olvidámos el tesoro de que nos habia hablado, y no pensámos ya sino en la dolorosa pérdida de un padre adorado.

Hicimosle los últimos honores, y despues acordámos el arreglar nuestros asuntos : Rogerio entónces me recordó la voluntad de mi padre, y la cumplí, tanto por gusto como por obligacion : Rogerio fué mi esposo. Era hombre de la mas dulce condicion, propio en fin para hacer mi felicidad ; pero tenia un defecto, que fué causa de su pérdida y la mia ; era codicioso, y le atormentaba extraordinariamente la sed del oro. Algunos meses despues, se acordó mi esposo del tesoro de que mi padre hizo mencion : desde este tiempo perdió su natural alegría, mostrándose siempre inquieto y taciturno. Me rodearon mil temores, y le pregunté la causa de su disgusto. El tesoro, me respondió... — Pero, amigo mio, ignoramos el sitio que le oculta : ¿necesitas de él para vivir? ¿no tenemos cuanto podemos apetecer? Deja inútiles proyectos, amado Rogerio, y esperemos del tiempo y de la casualidad que nos proporcionen el hallazgo de ese tesoro. ¿Quieres acaso remover toda la casa, arrancar lo plantado, destruirlo todo? ¿te privarás de tus cosechas, y arruinarás esta habitacion edificada por mi padre, en la que nos hallamos tan bien? Créeme, Rogerio ; olvidemos enteramente un tesoro que nos es inútil. Pues tenemos lo suficiente para vivir, ¿para qué queremos mas cuidados? Te ruego que no pienses mas en eso, y aun exijo de ti que no vuelvas á hablarme de semejante materia : la suerte no ha querido que fuésemos mas ricos : gocemos de los beneficios que debemos á la Providencia, y no tratemos de aumentar nuestros cuidados aumentando nuestra fortuna.

Parecióme que Rogerio cedia á mis razones ; me abrazó prometiéndome olvidar las últimas palabras de mi padre, y volvió al trabajo aparentando su acostumbrada alegría. Seis años pasaron, durante los cuales advertí que mi marido padecia frecuentes distracciones. Tenia proyectos de edificar, y le oia siempre hablar de construir aquí, y derribar allá. Aunque me disgustaban estos designios, no pensaba yo en su verdadero objeto. Llegó, en fin, el momento en que Rogerio habia de ser víctima de su codicia, arrastrándome en su ruina.

Una hermana de mi padre, que vivia distante de nuestra casa

treinte leguas, y de la cual éramos herederos, cayó enferma, y me llamaron á toda prisa, porque preguntaba por mí sin cesar. Abracé á mi marido ; le encargué cuidase mucho de la casa, y me puse en camino. Hallé á mi tia mucho mas enferma de lo que me habian dicho, y no queria que me separase de ella. El tiempo se pasaba, y seguia lo mismo ; yo queria volver á mi casa ; pero el temor de afligir á la infeliz enferma, y perder el fruto de mis cuidados, me detenia. Así trascurrieron ocho meses hasta la muerte de mi tia, y entre tanto sucedia en mi casa lo que voy á referiros.

Apénas me ausenté de Rogerio, cuando el ansia de descubrir el tesoro renació en su corazon : pensó seriamente en buscarlo ; y ocupado en esto, abandonó el cuidado y cultura de sus campos ; llamó trabajadores, y á la cabeza de ellos todo lo revolvió, registró y asoló : ni aun la casa se vió libre de sus locuras ; no dejó en ella techo, tabique ni cimiento que no derribase. Rogerio, en medio de un monton de escombros, apartándolos con sus propias manos, cubierto de polvo, pálido el rostro, palpitando violentamente su corazon, fijos en el suelo los ansiosos ojos con el deseo de que la suerte le deparase el suspirado tesoro, presentaba un cuadro que infundia horror, al mismo tiempo que movia á compasion. ¡ Infructuosas fatigas ! Nada descubrió su avaricia... Despues de trascurrido un tiempo demasiado largo segun su impaciencia, volvió á continuar con mas ahinco sus investigaciones.

En un extremo de nuestra huerta habia un trozo de las ruinas de un antiguo castillo, cuya parte compró mi padre para aumentar su habitacion. En ella, como mejor se pudo, aprovechando los trozos de pared que aun existian, se habian arreglado las cuadras y un cobertizo para encerrar el heno. Aquí es donde Rogerio decidió el trabajar de nuevo. Á fuerza de fatigas y tiempo, por fin descubrió una losa. ¡ Cómo brillaron sus ojos ! ¡ Con qué perfeccion se retrató en su rostro la imágen de la avaricia ! Llegó al término de sus ansias : aquí está el tesoro ; no hay duda. Todo se suspende en el instante : los trabajadores se retiran. La noche tarda en llegar mas de lo que Rogerio desea : ya son las doce, hora en que ha determinado pasar solo á levantar la losa : ya está con sus picos y palas empleando toda su fuerza para levantarla... (En este intermedio se habia levantado una fuerte tempestad.) Ha vencido : volcó la losa... Un subterráneo es sin duda lo que se descubre : no se detiene á meditar si debe ó no penetrar en él : ata un cordel á la parte de arriba, y con la lámpara, su compañera

nocturna, descendi precipitadamente á este lugar. ¡Pero cuál fué su sorpresa viendo en el centro un sepulcro!... Á la sorpresa sucedió el terror, producido por el espantoso ruido de los truenos, la fuerza de los relámpagos y el silbido de los vientos. Sin embargo, se determinó á levantar la cubierta de la sepultura, que se movía con facilidad, y sus ávidos ojos descubrieron el cadáver de una mujer cuyas facciones y traje (pues estaba totalmente vestida) se hallaban tan bien conservados como si hubiera sido despositada en aquel sitio el mismo día. Sus vestidos son tejidos de oro y plata; los diamantes mayores y mas finos brillan en su cuello y dedos; todo el cuerpo está sembrado de preciosísimas joyas... ¡y qué hermosa es su figura! parece que duerme apaciblemente... pero ¿qué es lo que tiene en sus manos? una hoja de plata, sobre la cual están grabadas estas palabras, que lee Rogerio :

« El amante que me ha perdido en la flor de mi edad, me ha depositado aquí con todos los regalos que me habia hecho; y mientras ha respirado, todos los días ha venido á derramar lágrimas sobre mi pálido semblante, que era en otro tiempo su delicia; él solo sabía dónde estaba mi sepulcro. ¡Oh tú, cualquiera que seas, si lo descubres, respeta mis cenizas, y llora mi destino, si has conocido el amor. »

Rogerio no dudó que este era el tesoro que mi padre nos quiso manifestar. ¿Qué hará? ¿me dará parte de este suceso? Grande era su turbacion, y se detuvo á reflexionar... Se acordó de las últimas palabras de mi padre, y las repitió : « ¡Guardaos de turbar la paz de los sepulcros : temblad si os atrevéis á poner la mano sobre los huesos de los que nos han precedido ! » Este cadáver es sin duda del que hablaba ; luego sabria por dónde se podria llegar al sepulcro : ¿y por dónde sería? ¿es posible que yo no haya descubierto otra entrada?

Dejémosle abismado en sus reflexiones. ¡Infeliz! su codicia le precipitaba en una total ruina, y me arrastraba consigo en la desgracia. ¿Cómo podré, hijos míos, contaros el lastimoso suceso que se siguió á este descubrimiento de mi marido? ¡Ah! ¡quedarán vuestros corazones traspasados de dolor! Pero el día se adelanta, y tengo muchas cosas que hacer; permitid que deje para otro día la continuacion de una historia que me conmueve en extremo.

Calló Brigida, y Palemon, que no sentia ménos que sus hijos esta interrupcion, suplicó á la anciana que fuese á pasar la tarde á su granja; no pudo acceder por las muchas ocupaciones que

entonces tenia ; pero ofreció complacerle en la siguiente tarde, con la expresa condicion de que la acompañaria su hijo adoptivo Emiliano. Palemon se despidió con gran sentimiento de sus hijos, que durante el camino no hablaron sino del disgusto que experimentaban por no haberse continuado una historia, que sin duda tendria relacion con la de Emiliano.

Así que llegó á su casa la familia de Palemon, que con el paseo habia adquirido nuevo apetito, comió alegremente, y pasaron la tarde jugando, porque ya se ha dicho que era día de descanso.